

3. William Cronon *

Los Usos de la Historia Ambiental

Traducción: Alejandra Raffo**
Edición: María Fernanda Suárez***

ABSTRACT

Este trabajo es la traducción del discurso de asunción a la Presidencia de ASEH (*American Society for Environmental History*) del Dr. en Historia William Cronon en 1993. Presenta argumentos todavía actuales sobre la temática ambiental, enfatizando en los momentos de cambio en la relación entre el hombre y el ambiente. Su objetivo es demostrar que las relaciones entre la cultura y la naturaleza han sido intrínsecamente históricas, siendo la historia ambiental la posible vía sintetizadora de las vertientes culturales actuales en la historiografía, que por su alto grado de ramificación amenazan con diluir al propio campo historiográfico. La “humildad” del discurso de Cronon pide a los académicos volver a los fundamentos del quehacer histórico, teniendo como guía el servicio a la sociedad. Al apostar por el historicismo, se invita entonces a una reflexión más detenida de los términos que usualmente se utilizan no solo para la construcción de la historia

* William Cronon; “The Uses of Environmental History” Presidential Address, en *Environmental History Review*; vol. 17, núm. 3, Fall 1993, New Jersey, American Society for Environmental History, pp. 1-22. El Dr. Cronon ha sido uno de los fundadores de la historia ambiental en los EE. UU. El presente artículo fue tomado de su sitio de Internet: <http://www.williamcronon.net>. Disponible en febrero de 2011. (N. del T.).

** Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Argentina. E-mail: alec_raffo@arnet.com.ar

*** Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina. E-mail: mfernanda.suarez@yahoo.com.ar

ambiental sino también para la historia propiamente dicha

Palabras Clave: Historiografía, ambiente, cambio, cultura, naturaleza

This essay is a translation of the ASEH (*American Society for Environmental History*) Presidential Address of PhD in History William Cronon in 1993. The arguments presented have been still updated to environmental issues, emphasizing on moments of change in the relationship between human being and the environment. His objective is to show how intrinsically historical has been the relationship between culture and nature, being environmental history the possible way to synthesize the variety of cultural approach in an historiography that puts in peril its proper field because of its further ramification. The “humility” of Cronon’s speech asks for the academics to go back to the basis of history making, having as a guide the social service. As he bets to historicism, he invites us to stop to reflect on the concepts we usually use, not only for the environmental history but also for the history itself.

Keywords:

Historiography, the environment, change, culture, nature.

Cuando comencé a dictar un curso sobre la historia ambiental de los EE. UU. en Yale, hace casi media década atrás, llegaba al final del semestre con la sensación de que más allá de los errores y alcances imperfectos, me había ido tan bien como lo había esperado. Mi práctica regular en dichas ocasiones es repartir evaluaciones sobre mi desempeño durante la penúltima semana de clases para poder leer los comentarios y devoluciones de los estudiantes sobre lo que entre todos consideramos como los puntos fuertes y débiles del curso. Cuando hice esto en la nueva clase de historia ambiental, me desconcertó descubrir que más allá del entusiasmo de mis estudiantes por el curso, la

gran mayoría había quedado muy desmoralizada por lo que había aprendido. No estaba preparado para esta reacción. Aparentemente, lo que mis estudiantes habían concluido del encuentro con mi materia era que el ambiente de los EE. UU. había pasado de bueno a malo, en un relato deprimente y combativo que dejó muy poca esperanza para el futuro. Como mi perspectiva no es tan desesperanzada, no tenía intención de llevar a mis estudiantes a esta conclusión pesimista, y cuanto más reflexionaba sobre esto, más me parecía que no tenía el derecho de terminar el curso con tal observación. Aunque este presentimiento pesimista de mis estudiantes estuviera justificado, no pensé que fuera una emoción útil, ni a nivel personal o político. Concluir que el pasado ambiental enseña la desesperanza sobre el futuro ambiental me pareció una lección profundamente debilitadora –aunque podría llegar a ser autocomplaciente – y sentí que mi responsabilidad como profesor y como alguien que se preocupa por el futuro era resistir esa conclusión.

Por lo tanto, preparé una clase final para cerrar el curso con una nota optimista que incluía un conjunto muy personal de reflexiones sobre las lecciones que había extraído de mi estudio sobre la historia ambiental –moralejas que extraje de esos relatos – y las razones por las que continuo siendo optimista más allá de todas las razones aparentes para sentir lo contrario. Dejando de lado mis propias preocupaciones sobre la oportunidad de convertir mi lección en el equivalente secular del púlpito durante un tiempo, estoy convencido de que hice lo correcto, ya que mis estudiantes parecieron agradecidos de verdad por esta serie inusual de sermones de mi parte. Aun termino mi curso de historia ambiental con una clase similar. Y, sin embargo, también pienso que es algo extraño que un tema académico requiera tal antídoto contra la desesperación. Por supuesto, nunca sentí la necesidad de un final como este para mis clases de historia del Oeste Estadounidense, donde sospecho que un residuo del optimismo de frontera y un

espíritu elevado se combinan de alguna manera con el escándalo moral y el orgullo regional para producir clases más ambiguas. Como encontré este sentido de desesperanza no solo entre los estudiantes sino también entre los lectores, creo que vale la pena preguntarse por qué la historia ambiental parece provocar casi siempre esta respuesta. Una manera más general de formular la pregunta es diciendo cómo nuestro estudio del pasado ambiental afecta nuestro sentido del presente y futuro ambiental. Quizás, la manera más simple de decirlo es preguntando: ¿cuáles son los usos de la historia ambiental?¹

Los que practican la historia ambiental ¿tienen que preocuparse sobre la utilidad de su campo? Sí. Como la mayoría de las otras “nuevas” historias que nacieron o se renovaron en el despertar de 1960’s –historia de las mujeres, de los afro-americanos, chicanos, homosexuales y lesbianas, y la nueva historia social en general – la historia ambiental siempre ha tenido una relación innegable con el movimiento político que ayudó a producir. La mayoría (pero no casi todos) de aquellos que se volvieron historiadores ambientales también tienden a vincularse con el ambientalismo. Y por lo tanto, no es un accidente que muchos de los trabajos más importantes en el campo se acerquen a este tema con una preocupación explícita por el presente. Es evidente que varias historias ambientales se enmarcaron con el fin de hacer intervenciones políticas contemporáneas. *Wilderness and the American Mind* de Roderick Nash ha jugado un rol significativo en ayudar a construir los debates en torno a la protección de lo salvaje en las tres décadas siguientes a su publicación.² Aunque *Conservation and the Gospel of Efficiency* y *Beauty, Health and Permanence* de Samuel Hay son menos obvias en la parcialidad de sus posiciones políticas

¹ Mi título y pregunta central son de Joseph Muller. *The Uses of the Past: Profiles of Past Societies*; New York, Oxford University Press, 1957.

² Roderick Nash. *Wilderness and the American Mind*; New Haven, Yale University Press, 1967.

que los libros de Nash, son convincentes cuando hablan sobre las grandes corrientes de conservación y las políticas ambientales del siglo XX.³ Entre los historiadores ambientales más consecuentes en sus intervencionistas se encuentra Donald Worster, cuya visión moral resuelta nunca ha cesado de producir trabajos de historia que también están comprometidos fervientemente con el cambio. *Nature's Economy* criticó el evolucionismo del siglo XX de la ciencia ecológica al buscar volver a rehabilitar de una tradición anterior en la historia natural que había caído en desgracia entre muchos de los ecologistas modernos; mientras que *Dust Bowl* y *Rivers of Empire* localizaron los orígenes de la degradación ambiental en la perspectiva mundial del capitalismo y en los modos de producción que están tan vivos en el presente como lo estuvieron en el pasado.⁴ Carolyn Merchant, junto a Worster, brinda una perspectiva ambientalista a la historia de la ciencia, pero combinada con una aproximación feminista al argumentar en *The Death of Nature* que la ciencia occidental ha dañado paralelamente tanto a la naturaleza como a la mujer; su *Radical Ecology*, aunque no tanto histórico, sigue siendo más activista en sus esfuerzos por intervenir en las luchas políticas contemporáneas.⁵ Incluso los especialistas cuyos trabajos han sido menos explícitos en cuanto a cuestiones políticas han aspirado conscientemente a llevarlos a cabo de manera

relevante en cuanto a las cuestiones ambientales contemporáneas. Muchos estudios de Joel Tarr sobre la polución y los desagües tuvieron el objetivo de encauzar las preocupaciones de los legisladores contemporáneos, mientras que las historias épicas sobre el fuego de Steven Pyne han tratado consecuentemente de persuadir a los empresarios de los recursos del presente de la complejidad de sus tareas.⁶ Pyne ha llegado tan lejos como para ser el autor de un libro de texto sobre prácticas de manejo del fuego.⁷ Y así sucesivamente. La lista de estas intervenciones es larga y se aplica a la mayoría de los historiadores que trabajan en este campo. Así que pienso que puede tomarse como un hecho que muchos, aunque no todos los historiadores ambientales aspiran a contribuir a las políticas ambientales contemporáneas: quieren que sus historias sean útiles, no solo para ayudarnos a comprender el pasado, sino para ayudarnos a cambiar el futuro.

El problema del Destinatario

¿Cuánto éxito hemos obtenido en esto? O, para decirlo de una manera un poco menos cómoda, ¿qué utilidad ha tenido nuestra contribución hasta ahora? (Por ahora, dejo a un lado la pregunta aun más incómoda sobre la utilidad que tenemos cuando tantos de los que estudian nuestro trabajo aparentemente

³ Samuel P. Hays. *Conservation and the Gospel of Efficiency: The Progressive Conservation Movement, 1890-1920*; Cambridge, Harvard University Press, 1959; Hays. *Beauty, Health and Permanence, Environmental Politics in the United States, 1955-1985*; New York, Cambridge University Press, 1987.

⁴ Donald Worster. *Nature's Economy: The Roots of Ecology*; San Francisco, Sierra Club Books, 1977; Donald Worster. *Dust Bowl: The Southern Plains in the 1930s*, New York, Oxford University Press, 1979; Donald Worster. *Rivers of Empire: Water, Aridity, and the Growth of the American West*; New York, Pantheon, 1985.

⁵ Carolyn Merchant. *The Death of Nature: Women, Ecology, and the Scientific Revolution*; New York, Harper & Row, 1980; Merchant. *Radical Ecology: The Search for a Livable World*; New York, Routledge, 1992.

⁶ Joel Tarr. "The Search for the Ultimate Sink: Urban Air, Land, and Water Pollution in Historical Perspective", en *Records of the Columbia Historical Society of Washington*; D.C., 51, 1984; pp 1-29; Tarr y Koons. "Railroad Smoke Control: A Case Study in the Regulation of a Mobile Pollution Source", en Mark Rose y George Daniels. *Energy and Transport: Historical Perspective on Policy Issues*; Beverly Hills, Sage, 1982, pp 71-92; y *Retrospective Assessment of Waste Water Technology in the United States: 1800-1972*; A Report to the National Science Foundation/RANN, Octubre 1977, junto a McMichael, et al; Stephen J. Pyne. *Fire in America: A Cultural History of Wildland and Rural Fire*; Princeton, Princeton University Press, 1982.

⁷ Stephen J. Pyne. *Introduction to Wildland Fire: Fire Management in the United States*; New York, John Wiley, 1984.

lo encuentran desesperante). Una manera de comenzar a responder estas preguntas es pensar en los distintos destinatarios a los que nuestro trabajo tiende a dirigirse. Los interrogantes sobre la utilidad de la historia ambiental solo pueden responderse –explícita o implícitamente en relación a las personas y cosas que aspiramos alcanzar y ayudar. *¿Para quién es útil?* ¿A quiénes tomamos como nuestros mayores receptores, y cómo definen ellos la utilidad? Estas son, entre otras, las preguntas más básicas que cualquier escritor o profesor podría hacerse. Cada uno de nuestros públicos distintos representa, en cierto sentido, una ocasión diferente para la utilidad, con diferentes oportunidades y riesgos que nacen del intento de atender a sus necesidades e intereses. Permítanme ofrecer una breve guía para la gente que creo hemos tratado de alcanzar.

Por supuesto, un destinatario son nuestros colegas historiadores. El número de los principales premios académicos y literarios ganados por historiadores del entorno durante el último par de décadas es una prueba de que nuestros colegas han estado prestando atención y están, por lo menos, intrigados por lo que hemos estado haciendo. Con este público hemos tenido la oportunidad de exponer el argumento de que la “naturaleza” es una categoría fundamental en el análisis histórico, y no es menos importante que –de hecho, está intrínsecamente relacionada que– la clase, tenía y género. Además, nuestro proyecto de explorar el pasado humano parte de una red sistémica de relaciones con el mundo natural que ofrece oportunidades interesantes para ver las cosas en conjunto en un momento en el que la profesión histórica parece necesitar de esa síntesis con desesperación. Más que la mayoría de las otras “nuevas”, la historia ambiental erosiona los límites entre los subcampos históricos tradicionales, ya sean nacionales o temáticos, y sugiere maneras valiosas y nuevas de entablar diálogos entre ellos. El riesgo es como el de cualquier otro campo académico: cuando la disciplina madura, tiende a volverse cada vez más autorreferencial, menos accesible a un

público más amplio, y entonces sus especialistas hablan solamente entre sí. Por valioso que pueda llegar a ser para nosotros el demostrar que nuestra aproximación constituye una contribución significativa a la historia académica, también debemos tener cuidado de enfocarnos tan estrechamente en los imperativos puramente disciplinarios que puedan llegar a distraernos de agendas más amplias e importantes.

Se puede decir lo mismo sobre nuestros colegas de otros campos académicos, desde las ciencias humanas hasta las ciencias sociales y naturales. Si es convincente, la historia ambiental ofrece una oportunidad inusual para la síntesis a través de los subcampos históricos, siendo aun más convincente para muchas otras disciplinas que analizan el cambio ambiental. La historia ambiental ya ha demostrado su habilidad para moverse sobre las percepciones de campos con diferencias radicales –ecología, geografía, economía, antropología, y muchos otros en sus intentos por construir una síntesis más integrada completamente. Además, en general, ha ido más lejos que la mayoría de las disciplinas aliadas en su éxito en convertir esos entendimientos accesibles a un público amplio, y lo más probable es que la razón se encuentre en los estilos narrativos y literarios que se mantienen más convincentemente en la historia que en otros campos académicos.⁸ Sin embargo, los riesgos que enfrentamos los que nos dirigimos a nuestros colegas académicos no-históricos van más allá del peligro usual del academicismo autorreferencial que acabo de mencionar. Es simple: comunicarse con colegas de otros campos es una tarea ardua, y hay pequeñas recompensas institucionales en hacerlo. Uno no obtiene trabajo, promoción ni titularidad al enseñar los fundamentos de su propia disciplina a personas del otro lado del

⁸ Por esa razón, creo que la historia ambiental es un tema ideal para unir las diferencias abismales que separan las ciencias naturales del resto de la universidad moderna; y ofrece un modo, probablemente fundamental, de defender una visión coherente de educación liberal en instituciones que a veces parecen haber olvidado el significado de esa frase.

campus que dejaron de pensar en la historia desde la escuela secundaria. Usualmente, los científicos reaccionan a nuestro eclecticismo y nuestro estilo de explicación contextualizado, narrativo con más que una sospecha pequeña de falta de rigor; al tratar de defendernos de tal sospecha, podemos derivar hacia la búsqueda de formas extrañas de rigor que nuestro campo nunca alcanzará. Y en un nivel aun más básico, al hablar a aquella gente en primer lugar, uno tiene que gastar una energía considerable solamente en aprender su vocabulario –un vocabulario para el que la mayoría de nuestros colegas historiadores tiene poco uso y aun menos paciencia. Y por lo tanto el riesgo que corremos, en especial, si somos jóvenes especialistas tratando de establecernos en nuestra propia disciplina, es ocupar un espacio intelectual tan imperceptible que nadie reconocerá adecuadamente los méritos de nuestro trabajo. Tratando de absorber y responder a las agendas complicadas de otras disciplinas, corremos el riesgo de no estar sirviendo adecuadamente a la nuestra.⁹

Sin embargo, la “utilidad” de la historia ambiental sin duda no está limitada a nuestra comunidad académica. Si nuestros historiadores están dispuestos a ayudar a cambiar el mundo, deben ir más allá de los muros de la academia para influir en la mirada de la gente que hace más que solo estudiar el pasado. Dentro de esta categoría, hay muchos grupos diferentes. Uno son los legisladores que representan una oportunidad especialmente seductora. Al retornos a enfocar nuestras investigaciones en problemas modernos muy concretos, ellos

⁹ Un riesgo intelectual más sutil de un campo interdisciplinario como la historia ambiental es que los profesionales con menos habilidades, como también los estudiantes recién iniciados, podrían empezar a navegar en las aguas de varias disciplinas antes de dominar una en particular. Muy a menudo olvidamos que al sumergimos en una disciplina –un acto que generalmente criticamos por “cerrado”–, en rigor, estamos obteniendo una experiencia crucial. Cómo retener ese sentido de rigor y utilizarlo como una brújula intelectual mientras nos aventuramos a cruzar los límites disciplinarios es quizás el reto más grande del graduado en historia ambiental.

nos tientan a creer que las percepciones a las que contribuyamos pueden influenciar, de verdad, el curso de los sucesos en el mundo real. Al hablar del poder, como la gente suele decir, puede que capturemos un poco de ese poder para nosotros. Y, sin embargo, hay un riesgo considerable aquí también. Si consideramos como punto de partida las preguntas que solo nuestros legisladores hacen, puede que generalicemos los términos de nuestro propio análisis, tomando como dadas las mismas categorías que deberían ser objeto de crítica; y por lo tanto, ignorando las causas estructurales que no debieran ser tan maleables para las leyes actuales o las herramientas de gestión. Peor aun, la posibilidad del ejercicio del poder puede tentarnos a ver la realidad a través de los ojos del poder. En consecuencia nos alejará de la crítica que ubica a las raíces de los problemas ambientales en ese mismo poder que aspiramos a influenciar o ejercer.

Hay oportunidades y riesgos comparables que acompañan nuestros esfuerzos por escribir historia que hable a ambientalistas, a quienes puede faltarle poder formal pero quizás están más comprometidos en el proceso político. Como muchos historiadores ambientales están disconformes con el poder y más dispuestos a estar en contra de una ley que a implementarla, tienden a ver a la comunidad de ambientalistas como su destinatario natural –y de hecho tienen mucho que ofrecer a ese público. Cuando, por ejemplo, escribimos sobre los éxitos y fracasos en los esfuerzos pasados por organizarse, es lindo pensar que nuestro trabajo enriquecerá a los movimientos contemporáneos, ayudándolos a evadir errores del pasado al enfocarse en los esfuerzos y las iniciativas que parecieran más probables de producir cambios positivos en el ambiente. Pero como muchos de los legisladores, los ambientalistas suelen preocuparse más por estrategias efectivas y relatos convenientes que por la historia buena. Ambos grupos comparten una visión instrumental del pasado que restringe la investigación a “lo que funciona”. Como en la arena política, este enfoque práctico e intenso

tal vez descarte análisis que explican los problemas ambientales en relación con fuerzas profundas y estructurales que puede que las organizaciones de base no sientan. Además, por lo general, los activistas buscan relatos provocativos que puedan servir como fábulas morales inspiradoras con héroes y villanos bien definidos. Ninguno de estos impulsos puede conducir a una historia buena, ya que nos tientan hacia lo que podría ser llamado como realismo ambiental –un género no muy aceptable en cuanto a su estética o intelectualmente competente como el socialismo real, y a la larga no muy efectivo.¹⁰

Si tanto los legisladores como los ambientalistas constituyen ambos un destinatario peligrosamente limitado, uno podría pensar que sería mejor abandonarlo en la búsqueda de otro santo grial que traspase la escritura académica, el “público general”. Ocupa el primer puesto en mi propia lista de prioridades, ya que considero que la historia ambiental puede informar con profundidad al entendimiento público de las cuestiones ambientales contemporáneas al colocar tales cuestiones en un contexto histórico más amplio. En la práctica se incrementa la comprensión de la gente no solo sobre el ambiente, sino también sobre la historia misma: la excentricidad de nuestro campo lo convierte en un modo muy atractivo de reanimar el interés público por la historia y demostrar la relevancia del pasado para el

¹⁰ Se puede decir casi lo mismo acerca de los esfuerzos loables recientes por ampliar la historia ambiental (y esperemos que también al ambientalismo) e incluir otros grupos que no sean los hombres blancos que han dominado la mayor parte de la política ambiental. Entre los grupos cuyos relatos van a contribuir con la diversidad y la riqueza de la historia ambiental están las mujeres, la gente multicultural de color, los pobres y los trabajadores. Pero una vez más está la tentación de dividir las narrativas entre víctimas y victimarios en las que los opresores y los oprimidos llevan a cabo su lucha en distintos panoramas degradados que reflejan los términos de la opresión social de forma mecánica y predecible. Además, la historia reciente del multiculturalismo expresa la existencia del peligro de estilos de razonamiento fundamentalistas que tal vez resulten anti-históricos.

presente. Pero todos sabemos que es una lucha penosa, dado el nivel bajo de conciencia del público de los EE. UU. por la historia en general. Las suposiciones erróneas y mitos románticos que mucha gente tiene no solo de la historia sino también de la naturaleza crean distorsiones interminables y malentendidos que pueden llevar al fracaso a nuestros esfuerzos bien intencionados por la educación. Más aun, la fascinación del público por la “novedad” (en sí misma una consecuencia de la poca memoria y la débil conciencia histórica) tienta a los historiadores a un relato abiertamente exagerado y provocativo que oscurece potencialmente una de las cualidades más importante del pasado: su pareja extrañeza y familiaridad, su frecuencia tendiente a emparejar las causas más comunes con los efectos más extraordinarios y viceversa. Al final, nuestros esfuerzos por motivar al público con relatos “nuevos” tal vez resulten contraproducentes una vez que esas historias también comiencen a parecer “anticuadas”.

Pero, quizás hay otro más, un último destinatario cuyas necesidades aspiramos a articular y cuyos valores esperamos encontrar: la naturaleza no humana, la tierra misma. Sin duda esto parecerá un objeto extraño, incluso místico, para incluir en mi lista, ya que la naturaleza no habla nuestra lengua ni lee nuestros libros y por lo tanto no puede ser realmente un “destinatario” de nuestro trabajo en cualquier sentido significativo. Y, sin embargo, estoy seguro de que cualquier historiador ambiental mide la “utilidad” de lo que hace exactamente de esta manera: evaluando si contribuye o no a la salud e integridad de los sistemas naturales.¹¹ En este sentido, uno de los retos más ricos y entusiastas de nuestro campo es la posibilidad de enlistar a los especialistas en historia al servicio del enriquecimiento de las relaciones humanas con la naturaleza. Es simple: tratamos de escribir historias que

¹¹ Tanto en este como en otros momentos de este ensayo, creo que los lectores oirán el eco de la obra de Aldo Leopold. *Sand County Almanac*; New York, Oxford University Press, 1949, pp 224-225.

hablen más sobre la tierra y del resto de la creación que sobre el pasado humano. Y, sin embargo, es inevitable que también aquí haya problemas profundos. Al tratar de hablar en nombre de una audiencia no humana que nunca nos responderá en el lenguaje que nosotros utilizamos, nunca estaremos completamente seguros de que obtuvimos el relato correcto, o de que nuestra propia definición de “utilidad” –una concepción peculiarmente humana si existió alguna vez – encaja con las condiciones que conducen los sistemas naturales.¹² Dado el antropocentrismo que gobierna tanto a lo utilitario como a lo narrativo, cualquier búsqueda por los “usos” en los que la naturaleza misma podría poner nuestras historias ambientales es peligrosamente incierta –sino absurda.

Nuestra conclusión sobre el problema del destinatario debe ser por lo tanto ambigua. No podemos escapar al dilema existente, porque si no tenemos en cuenta a quienes nos estamos dirigiendo, nadie va a leer nuestro trabajo y no va a ser de gran utilidad. Por otro lado, las necesidades competitivas de nuestras audiencias diferentes pueden o tentarnos a volvernos tan cerrados académicamente que olvidamos lo que significa ser útil, o nos darnos valor para convertirnos en pragmáticos, polémicos o preocupados por el presente que olvidamos lo que significa hacer una historia buena. Al tratar de descubrir los “usos” de la historia ambiental, nos encontramos perennemente entre la *Scylla* de nuestros compromisos disciplinarios por la autonomía del pasado, y la *Charybdis*¹³ de nuestras preocupaciones

¹² Esto sugiere un punto importante en el que la historia ambiental difiere de las otras “nuevas” historias surgidas luego de la historiografía de 1960. Mientras que en algunos campos como la historia de las mujeres y la de los afro-americanos aspiraron a recobrar las voces “perdidas” de la “gente común” permitiéndoles “hablar por sí mismos”, no podemos esperar descubrir una voz tan autónoma y segura de los actores naturales que participan en nuestros relatos. Su silencio tiene que permanecer más profundo y hondo, y sus relatos más ajenos a los nuestros.

¹³ *Between Scylla and Charybdis*: entre dos alternativas peligrosas e iguales. (N. del T.)

sobre problemas modernos tan prodigiosos en apariencia que amenazan con aplastar todas nuestras maneras tradicionales de entender los hilos que conectan el pasado, el presente y el futuro. La dificultad de navegar entre la roca de la historia y el remolino de la profecía en un mundo donde supuestamente enfrentamos tanto a la muerte de la naturaleza como al fin de la historia no es una razón menor por la que muchos de nuestros destinatarios desesperan luego de escuchar nuestros relatos.¹⁴

Lo que hemos aprendido

Seguramente todo esto parezca un poco impreciso y abstracto, por lo tanto permítanme ofrecer una descripción más concreta de las lecciones útiles que los historiadores ambientales nos han enseñado hasta ahora con sus trabajos. Hay dos maneras de hacerlo. Por un lado, puedo hacer una lista larga de enseñanzas prácticas que tienen implicancias importantes para algún fenómeno ambiental específico, o por el otro, puedo hacer observaciones un poco más generales sobre los beneficios peculiares que fluyen de pensar históricamente mientras consideramos las relaciones de los humanos con la naturaleza. Yo prefiero la última tarea, ya que la primera es potencialmente interminable. Pero, antes de continuar, permítanme por lo menos sugerirles los tipos de lecciones prácticas que yo creo que pueden extraerse de nuestro trabajo. Debajo se encuentran algunas de mis favoritas:

- Cuando la gente compra y vende cosas en el mercado, conectan entre sí ecosistemas y fomentan el cambio, casi nunca comprenden la implicación ecológica total de lo que están haciendo. Junto con muchos otros, esta ha sido una de las

¹⁴ La referencia al fin de la naturaleza hace resonar a Carolyn Merchant y su *The Death of Nature...* y Bill McKibben *The End of Nature* (New York, Random House, 1989); la referencia al fin de la historia es de Francis Fukuyama *The End of History and the Last Man* (New York, Free Press, 1992).

preocupaciones principales de mi trabajo, y puedo repetirlo con una de mis metáforas favoritas: cuanto más complicados los caminos de entrada y salida de un pueblo, más oscuros se vuelven y más fácil de olvidarlos.¹⁵

- Herramientas y tecnología son elementos de gran importancia en la constitución de los ambientes naturales, pero sus efectos están poderosamente mediados por las culturas en las cuales están insertos.¹⁶
- Cuando la gente migra de un ecosistema a otro, lleva con ellos otros organismos – plantas, animales, microbios cuyo éxito o fracaso en el lugar nuevo suele ser crucial para determinar el éxito o fracaso de la migración.¹⁷
- Habiendo aprendido a disfrutar los efectos espectaculares de un medio que permite la oxidación, hace mucho que la gente del mundo se ha vuelto desmesuradamente aficionada al fuego, en consecuencia ha remodelado el mundo a su alrededor al servicio de la piromanía.¹⁸

¹⁵ William Cronon. *Changes in the Land, Colonists, and the Ecology of New England*; New York, Hill & Wang, 1983; William Cronon. *Nature's Metropolis: Chicago and the Great West*; New York, W. W. Norton, 1991; y William Cronon. "Kennecott Journey: The Pat out of Town", en William Cronon, George Miles y Jay Gitlin. *Under an Open Sky: Rethinking America's Western Past*; New York, W. W. Norton & Co., 1992.

¹⁶ Por ejemplo Richard White. *Land Use, Environment, and Social Change: The Shaping of Island County, Washington*; Seattle, University of Washington Press, 1980; Richard White. *The Roots of Dependency: Subsistence, Environment, and Social Change among the Choctaws, Pawnees, and Navajos*; Lincoln, University of Nebraska Press, 1983; Calvin Martin. *Keepers of the Game: Indian-Animal Relationships and the Fur Trade*; Berkeley, University of California Press, 1978.

¹⁷ Alfred W. Crosby. *The Columbian Exchange: Biological and Cultural Consequences of 1492*; Westport, Greenwood, 1972; Alfred W. Crosby. *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900-1900*; New York, Cambridge University Press, 1986.

¹⁸ Stephen J. Pyne. *Fire in America...* op cit.

- A menudo los hombres y las mujeres experimentan el mundo de maneras muy diferentes, por lo tanto uno no puede esperar comprender la manera en que una cultura se relaciona con un entorno sin examinar el modo en que engendra el mundo natural.¹⁹
- "Las ideas sobre la naturaleza...son las ideas diseñadas por el hombre."²⁰

Esas enseñanzas siguen siendo un poco generales, pero puedo hacer otra lista bastante más específica:

- Los primeros conservacionistas estaban obsesionados con cuestiones de producción eficiente en términos económicos, mientras que los ambientalistas posteriores han estado obsesionados del mismo modo por cuestiones de consumo responsable en términos ecológicos.²¹
- La ética capitalista, en combinación con el ciclo económico de progreso y estancamiento y una sequía inusualmente larga, fue la causa principal del desastre ambiental conocido como *the Dust Bowl*²² –y, por extensión, de otros desastres como ese.²³
- La gente administra mal el pescado (y cualquier otro recurso económico común) cuando no comprenden la dinámica del

¹⁹ Carolyn Merchant. *The Death of Nature...* op cit.; Carolyn Merchant. *Ecological Revolution, Gender, and Science in New England*; Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1989.

²⁰ Raymond Williams. "Ideas of Nature", en *Problems in Materialism and Culture*; London, Verso, 1980, p 82.

²¹ Samuel P. Hays. *Conservation and the Gospel...* op cit.

²² *The Dust Bowl* fue una gran sequía que afectó a los Estados comprendidos por los Grandes Llanos principalmente entre 1935 y 1938, y se caracterizó por vientos huracanados y tormentas de arena que arruinaron cosechas, animales y herramientas. (N. del T.)

²³ Donald Worster. *Dust Bowl...* op cit.

ecosistema y le aplican una definición muy rígida de la producción sustentable.²⁴

- En la historia de los Estados Unidos, el caballo no fue solo un invasor europeo, sino una entidad cultural compleja que se encontró ligada a comunidades humanas distintas de muchas maneras diferentes: el caballo colonial inglés era muy diferente a el caballo del conquistador español que era muy diferente a el caballo para comerciar del Comanche que era muy diferentes a el caballo para montar de los Sioux que era muy diferente de las manadas de caballos Pawnee.²⁵
- Si quieres entender los valores ambientales de la gente, observa lo que ellos tiran y cómo lo tiran –y mira lo que hacen con los flamencos rosados de plástico también–.²⁶
- Ten cuidado con los bichos que vienen de lejos.²⁷

Podría continuar con esta lista indefinidamente, amontonando muchas enseñanzas, grandes y pequeñas, que han hecho de la historia ambiental un campo interesante durante el último cuarto de siglo, pero confío en que ya demostré lo que quiero decir. Tales argumentos son la sustancia de nuestro tema, la noticia que debemos compartir con el resto del mundo, y pienso que tenemos razones para estar orgullosos de las contribuciones que hemos hecho y que continuaremos haciendo. Dichas percepciones –situadas en un lugar y momento en particular – son las metas concretas de nuestra práctica histórica, ya

que la historia deja de ser historia cuando se aleja de las particularidades concretas. Y sin embargo, pienso que también tenemos enseñanzas profundas que son lecciones igual de valiosas, enseñanzas que tienen menos que ver con nuestros descubrimientos que con el modo en el que los hicimos.

Una de las razones por las que hago énfasis en la importancia de nuestra práctica histórica es que hay impulsos dentro del ambientalismo que son un poco ahistóricos o anti-históricos, que colocan a la historia ambiental bajo una tensión considerable pero poco advertida por el movimiento político más amplio que ayudó a expandirla. Esta tensión es fascinante por sí misma, y complica de modo significativo la tarea ya difícil que los historiadores ambientales enfrentan al tratar de ser “útiles” para sus colegas ambientalistas. Uno de los antiguos impulsos que el ambientalismo comparte con su gran ancestro, el romanticismo, es ver a las sociedades humanas, en especial las afectadas por el urbano-industrialismo capitalista y las fuerzas culturales de la modernidad, en oposición a la naturaleza. Aunque suene irónico, los ambientalistas suelen incurrir en una visión fundamentalmente dual aun si exclaman por el holismo. De acuerdo con los términos normales de este dualismo, se asume que la naturaleza es estable, equilibrada, homeostática, autopropulsada, purificadora, benigna y se cura a sí misma; mientras que se considera que, en relación con el ambiente, la humanidad moderna es inestable, desnivelada, desequilibrada, auto-dañada, corrupta, maligna y que se daña a sí misma.

En esta oposición está implícita la creencia de que una naturaleza ideal carece en esencia de historia como nosotros la conocemos, a salvo en las escalas de larga duración que afectan las placas tectónicas, la evolución biológica, y el cambio climático. Otra manera de decir lo mismo es afirmando que el tiempo natural es cíclico, mientras que el tiempo de la humanidad moderna es lineal. El ciclo del tiempo es la prueba de la homeostasis y equilibrio de la naturaleza que se cura a sí

²⁴ Arthur F. McEvoy. *The Fisherman's Problem: Ecology and Law in the California Fisheries, 1850-1980*; New York, Cambridge University Press, 1986.

²⁵ Richard White. *The Roots of Dependency...* op cit.

²⁶ Me refiero a Martin V. Melosi *Garbage in the Cities: Refuse, Reform and the Environment, 1880-1980*; College Station, Texas A&M University Press, 1981; y la obra doctoral incompleta de Jennifer Price. “Flight maps: Imaginative Encounters with Birds in Modern America”; s/otras ref.

²⁷ Alfred W. Crosby. *The Columbian Exchange...* op. cit.

misma; mientras que la flecha del tiempo es la prueba de la propia corrupción de la humanidad, su inestabilidad y desequilibrio. La flecha de la humanidad es la caída, mientras que el ciclo de la naturaleza es la salvación.²⁸ Los dualismos metafóricos están entre los más poderosos en nuestra cultura, con raíces que se extienden hacia atrás, hasta los tiempos bíblicos literalmente, y al mencionarlos de esta manera no intento criticar ni una ni otra mitad de sus dialectos implícitos. Tanto como la mayoría de los dualismos, ambos polos de la oposición revelan verdades importantes incluso cuando se esfuerzan por disimular su interdependencia mutua. Nada más quiero hacer notar que el cariño ecológico por el equilibrio natural y el tiempo cíclico al igual que los cimientos de Arquímedes según los cuales juzgar el drama humano cuando despliega en un tiempo lineal necesariamente implica un alejamiento no tan disimulado de la historia. La utopía natural o primitiva que sirve como contrapartida para muchos ambientalistas críticos de la sociedad moderna postula una ruptura entre el pasado y el futuro tan radical como para implicar lo que Francis Fukuyama llamaría el “fin de la historia.”²⁹

Lo que sea que uno piense de esa visión ambientalista utópica –y tiene muchos rasgos atractivos – choca con muchos puntos de la agenda intelectual que los historiadores

ambientales se ha propuesto. Después de todo, nuestra tarea lejos de tratar de escapar de la historia a la naturaleza, es insertar la naturaleza misma dentro de las corrientes de la historia humana. Por más cariño que sintamos por los atractivos del tiempo cíclico y el equilibrio natural, nuestro objetivo principal es el tiempo lineal y el desequilibrio: estudiamos el cambio. Quizás alguien pueda argumentar que es un fenómeno temporario. Tal vez, por ejemplo, contamos narrativas lineales sobre la degradación ambiental como fábulas morales cuyo propósito es transformar la conciencia y conducta de la gente de manera tal que por último significará un fin al tiempo lineal, anunciando el milenio que viene cuando el tiempo cíclico regirá una vez más sobre un equilibrio estable que se aplicará tanto a la humanidad como a la naturaleza. Pero la verdad es que dudo de que muchos de nosotros realmente creamos esto: muchos historiadores tienen reacciones negativas muy poderosas hacia los pronunciamientos como el de Fukuyama sobre “el fin de la historia” –y no solo porque somos profesionales con un interés creado en el tiempo lineal. ¡No!-

Las suposiciones de nuestra disciplina nos comprometen más o menos en la tarea de historiar todo lo que estudiamos, tanto si es la cultura humana como los sistemas naturales. Todos sabemos muy bien que los estadounidenses modernos tienen actitudes hacia el mundo natural bastante diferentes a las de los nativos que habitaron primero este continente, como también sabemos que las plantas y animales que comparten el paisaje americano con nosotros han sido significativamente afectados por aquellas actitudes diferentes. Cuanto más estudiamos la historia de los sistemas culturales y ambientales, más difícil es no quedar impresionado por cómo aquellos sistemas han cambiado dramáticamente a lo largo del tiempo. Aun nuestras ideas sobre la naturaleza como repositorio de los valores sagrados y eternos –valores que están en el fondo de la cuestión de la ética ambiental que muchos de nosotros abrazarían – son producto de historias culturales muy

²⁸ Sobre este debate, Mircea Eliade. *The Myth of the Eternal Return*; traducido por Willard R. Trask, New York, Pantheon, 1954; Stephen Jay Gould. *Time's Arrow, Time's Cycle: Myth and Metaphor in the Discovery of Geological Time*; Cambridge, Harvard University Press, 1987.

²⁹ Francis Fukuyama. *The End of History...* op cit. Críticos al ecologismo radical sobre el tiempo lineal incluyen a Bill Devall y George Sessions. *Deep Ecology: Living as if Nature Mattered*; Salt Lake City, Gibbs Simth, 1985; Jeremy Rifkin. *Time Wars: the Primary Conflict in Human History*; New York, Henry Holt, 1987; y Calvin Luther Martin. *In the Spirit of the Earth: Rethinking History and Time*; Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992. Debo hacer notar que los ambientalistas pueden construir narrativas lineales sobre héroes, como la paradigmática historia *whig* de Nash.

específicas. Podemos trazar sus historias hacia atrás desde el romanticismo hasta los primeros vocabularios culturales en los que nociones como lo sublime, lo pintoresco, lo pastoral y lo bello sirvieron caminos a seguir para una convergencia compleja de las creencias dibujadas desde la antigüedad, desde las tradiciones Judeo-Cristianas, y desde las filosofías más recientes que surgieron en el Siglo de las Luces. Solo con el impulso historicista del siglo XIX se ayudó a erosionar la autoridad bíblica que se recibía de la religión (un movimiento que dentro del *Unitarianism* y el Trascendentalismo de Ralph Waldo Emerson también proveyó algo a las raíces de los valores románticos estadounidenses sobre la naturaleza), por lo tanto el impulso historiador de la historia ambiental transforma potencialmente algunas de las suposiciones más irreflexivas sobre las cuales el ambientalismo trata de ganar su propio terreno.

¿Es algo malo? No lo creo. Si las suposiciones básicas del ambientalismo moderno son susceptibles de que las critiquen por ser históricamente ingenuas, entonces seguramente ellas merecen que las critiquen. No deberíamos evadir la tarea por temor a que debilite el amplio movimiento político, ya que cualquier movimiento que valga la pena defender –seguro que el ambientalismo también– solo puede fortalecerse al promover el debate y el análisis críticos y rigurosos. En un contexto muy diferente, Eugene Genovese escribió una vez sobre los historiadores socialistas, “estamos tan convencidos de que hacemos lo correcto cuando creemos que no tenemos nada que temer de la verdad sobre cualquier cosa... Nuestras pretensiones, en consecuencia, nos llevan a la fantástica idea de que toda historia buena (verdadera, válida, competente) sirve a nuestro interés y toda historia pobre (falsa, nula, incompetente) sirve al interés de nuestro enemigos –o por lo menos a algún otro que no sea a nosotros mismos –.”³⁰ Aunque nunca he podido estar

armado de tal nivel de seguridad personal sobre mis creencias políticas, comparto la convicción de Genovese de que siempre es lo mejor mirar al mundo con buenos ojos. De hecho, creo que los hábitos históricos de la reflexión son profundamente valiosos, y nos ofrecen el mejor antídoto a las suposiciones ingenuas, los argumentos descontextualizados, las generalizaciones excesivas y las ilusiones claramente anticuadas –que acarrearán problemas a los ambientalistas contemporáneos–. Es aquí, creo, donde descubriremos la utilidad más importante de la historia ambiental.

Pensando como un Historiador

Permítanme dirigirme hacia el cierre ofreciéndoles lo que parece ser para mí algunas de las lecciones centrales que hacen a la utilidad de la historia ambiental, no solo en sus reclamos específicos sino también en sus hábitos de pensamiento. Las mencionaré como un compendio general de moralejas muy amplias y simples para las historias que hemos estado contando. Ellas están entre los principios rectores más profundos, por lo menos para este historiador del ambiente, principios rectores que supongo muchos de mis colegas comparten.

1) Toda historia humana tiene un contexto natural

Esto es tan obvio para la mayoría de los historiadores ambientales que es casi una verdad de nuestro sub-campo; sin embargo, es también la demanda que parece provenir como la más grande sorpresa entre nuestros colegas. La historia desde 1930 ha tenido un fuerte prejuicio hacia el determinismo cultural, expandido en parte como una reacción en contra del determinismo extremo sobre el ambiente que caracterizó a algunos campos de la historia y la geografía en la era previa a la Segunda Guerra Mundial cuando las teorías raciales mantenían su predominio. Los principales defensores de la historia

³⁰ Eugene D. Genovese. In *Red and Black: Marxian Explorations in Southern and Afro-American History*; New York, Pantheon, 1971, p 4.

materialista en el período de entreguerras fueron los marxistas quienes tuvieron sus propias razones para no enfatizar en el contexto natural de la historia humana. Sus críticos en cambio, solían atacar al marxismo como una razón para rechazar todo determinismo como algo inherente y destructivo para la libertad humana. Entonces, una contribución importante a la historia ambiental ha sido la reintroducción de estilos materialistas de análisis al estudio de las interacciones del pasado humano-ambiental mientras tratamos de manejar un determinismo completo. Nuestra estrategia ha sido argumentar en favor del diálogo entre la humanidad y la naturaleza en el que los sistemas culturales y ambientales interactúan con fuerza, modelando e influenciándose entre sí, sin que ninguno de los dos lados determine por completo el resultado. Uno puede redefinirlo de manera prescriptiva de la siguiente forma: *al estudiar el cambio ambiental, lo mejor es asumir que la mayoría de las actividades humanas tienen consecuencias ambientales, y es casi inevitable que ese cambio en los sistemas naturales (ya sea inducido por los humanos o por la naturaleza misma) afecte a los seres humanos.* Como corolario, muchos de los historiadores ambientales agregarían que los seres humanos no son los únicos actores que hacen la historia. Otras criaturas también participan, como también los grandes procesos naturales, y cualquier historia que ignore sus efectos es probable que esté gravemente incompleta.

2) No es estática la naturaleza ni la cultura

Este es el argumento historicista que he mencionado recién. Cualquier visión de un pasado humano ubicado en la naturaleza que imponga una relación ideal de estabilidad permanente o equilibrio debe defenderse contra la evidencia abrumadora de lo contrario. Descripciones de eras históricas en las cuales las poblaciones humanas estaban en un supuesto equilibrio eterno con iguales condiciones que los sistemas naturales son,

casi con seguridad, mitos de la edad de oro. Ha ocurrido un rechazo al estancamiento parecido a ese dentro de la ciencia moderna de la ecología, en la que la noción de un apogeo comunitario permanente como el postulado por Frederic Clements y sus seguidores, parece ahora totalmente desacreditado. En lugar de eso, tenemos una novedosa y dinámica, aun probable o caótica ecología novedosa y dinámica, incluso probable o caótica en la que la historia juega un rol crucial en modelar los patrones y procesos de los ecosistemas más allá de que la gente se involucre o no.

Reconocer el dinamismo de los sistemas naturales y culturales no significa, por supuesto, que todo cambio sea bueno o que no haya marcas al comparar un tipo de cambio con el otro. La mayoría de las sociedades pasadas, por ejemplo, no han alterado el mundo natural con la velocidad y la escala que ha tipificado la era moderna. Argumentar lo contrario sería comprometerse con una forma diferente de mito creador, en el que se considera que los valores y comportamientos de las diferentes culturas hacia la naturaleza son siempre los mismos y son iguales en todos lados –“el hombre económico” sin lugar a dudas es la subespecie más familiar del género. Las percepciones de la historia ambiental tienden a ser poderosamente anti-esencialistas, y caen en el terreno medio entre la era dorada del mito del equilibrio permanente y el mito economista de una naturaleza humana reducida a lo universal. Nuestro trabajo sugiere que la naturaleza y la cultura cambian todo el tiempo, pero que la “velocidad” y “escala” de tal cambio puede variar enormemente. Quizás por eso es que nos sentimos un poco emparentados con la visión Braudeliana de la historia en la que las diferentes escalas de tiempo de la *longue durée*, la *vie matérielle*, y *l’histoire événementielle* ondulan juntas para formar el tapiz del pasado.³¹ Aunque nuestro prejuicio

³¹ La división tripartite ocurre en todos los trabajos de Braudel, pero aparece mejor articulada en *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age*

general es a menudo hacia la *longue durèe*, comprendemos que las interacciones del medio, la economía, las instituciones políticas, normas sociales, valores culturales, y procesos naturales son infinitamente complejos. Es muy probable que cualquier fórmula simple para entender estas interacciones sea errónea. Para repetirlo de manera prescriptiva, se sugiere que *la relación entre naturaleza y cultura debe ser siempre vista como un problema de dinámicas comparativas, no estática*. Suposiciones ingenuas sobre la estabilidad de los sistemas naturales pueden producir comportamientos tan destructivos en términos ambientales como inapropiados en términos culturales.³² Como corolario, los argumentos fundamentalistas sobre los ambientes y culturas pasadas son casi siempre históricamente sospechosos.

3) Todo conocimiento del entorno está construido en términos culturales y es contingente en términos históricos, incluso el nuestro

A primera vista, eso probablemente parezca el desafío más radical que la historia ambiental tiene para ofrecer a los ambientalistas que consideran a la naturaleza como una fuente de autoridad absoluta para su visión de cómo la gente debería comportarse en el mundo. Otra vez aquí nos encontramos con el problema del tiempo sagrado versus el histórico. Si uno se inclina a referirse a la naturaleza como un reino eterno de hechos absolutos, procesos estables, y valores permanentes, no resulta para nada tranquilizador descubrir que tales creencias tienen raíces claramente históricas y que la gente de otros tiempos y otros lugares y otras culturas han sostenido visiones muy diferentes. Mucho de lo que ellos tomaron como permanente y absoluto ya ha cambiado, y también sucederá lo mismo con muchas de nuestras propias creencias más apreciadas. El

of Phillip II; traducido por Siân Reynolds, New York, Harper & Row, 1972.

³² Excelente ejemplo de las suposiciones sobre el equilibrio natural, Arthur F. McEvoy. *The Fisherman's Problem...* op cit.

impulso historicista parece socavar el conocimiento sagrado y reemplazarlo por un mundo relativista en el que, aparentemente, la naturaleza no es más de lo que pensamos que es, literalmente a disposición de cualquiera. Si la naturaleza estática es nuestro compás moral, entonces los temores del historicismo nos dejarán a la deriva en un mar extraño sin marcas propias.

Sin embargo, uno debe ser cuidadoso aquí, ya que esta lección puede llevarnos aun más lejos. De alguna manera debe ser comparada, aunque esto parezca paradójico, con el realismo implícito de mi primera lección. Muchos historiadores ambientales toman como un principio rector convincente que el mundo natural existe un poco aparte de lo que creemos de él, lo que afecta en gran medida el curso de la historia humana, y si nuestras creencias se bifurcan demasiado de esta realidad, con el tiempo, sufriremos por lo menos tanto como el mundo natural. Reconocer el carácter de construcción cultural de nuestro propio conocimiento es, por lo tanto, bastante diferente de una pretensión de que el mundo no existe, o de que la gente simplemente lo inventa como una idea de sus cabezas. Más bien, se reconoce el castigo de que nunca conoceremos a la naturaleza de primera mano. En cambio, nos encontramos con ella solamente a través de los muchos lentes de nuestras propias creencias, instituciones culturales y estructuras de conocimiento, que solamente pueden esperar una aproximación a la realidad natural de una manera mimética o metafórica, pero nunca una réplica. Más que interpretar este argumento como una defensa de la arrogancia humana –postulando que podemos hacer cualquier cosa que nos gusta porque la naturaleza es cualquier cosa que deseamos que sea, y hará cualquier cosa que queramos preferir ver la construcción del conocimiento humano como prueba de nuestra propia falibilidad. La moraleja que encuentro en esta historia, en otras palabras, nos apunta a la humildad, la tolerancia y la autocrítica.

Esta lección tiene varios corolarios que valen la pena hacer notar bien. Tan perturbador como pueda ser el volvernos más conscientes de los orígenes históricos de nuestras propias creencias, es también liberador porque nos impulsa a explorar diferentes maneras de reflexionar sobre la relación humana con la naturaleza que nuestras propias cegueras dogmáticas podrían habernos prevenido de ver. A la inversa, una vez que comenzamos a comprender los orígenes de nuestras propias maneras de pensar sobre la naturaleza, podremos estar en mejor disposición para evitar caer en rutinas familiares. Uno podrá, por ejemplo, reconocer más fácilmente los impulsos románticos que a veces afligen a los pensadores del ambiente, y recordará con más facilidad que, casi nunca, el conocimiento científico es tan absoluto como sus devotos a veces pretenden que es. Una manera de comprender nuestra tarea es pensar en tratar de sintetizar la perspectiva histórica de los alcances divergentes, aunque complementarios, de la ecología y la etno-ecología. Más allá de su oposición aparente, tienen de hecho un valor similar y la tensión entre ellas puede ser inmensamente fructífera.

Permítanme resumir esta tercera lección más convencionalmente: *el reconocer la contingencia histórica de todo conocimiento nos ayuda a protegernos contra los peligros del absolutismo, las leyes descontextualizadas o las verdades que puedan obscurecer la diversidad y sutileza de los ambientes como de las culturas.* Una perspectiva histórica, construida socialmente toma “los hechos” transparentes y absolutos en apariencia para colocarlos en contextos culturales donde se presentarán más problemáticos, interesantes e instructivos. Paradójicamente, al hacer reales los acercamientos históricos más contingentes al conocimiento, se prestan a realismos más grandes para nuestro entendimiento de la naturaleza como también de la cultura.

Mi lección final podrá parecer extraña, pero considero que es el núcleo de lo que diferencia a la historia ambiental de la

mayoría de los otros campos que aspiran a entender e influenciar la manera en que nos relacionamos con el mundo natural. Describe una cualidad peculiar que caracteriza a muchos escritos históricos y los posiciona por afuera de las ciencias naturales y sociales. No es nada más que esto:

4) Por lo general, la sabiduría histórica viene bajo la forma de parábolas, no como recomendaciones o certidumbres políticas

El significado de este punto es casi intuitivo para cualquiera que no es un historiador. Donde sea que doy clases a un público general o a especialistas en ciencias sociales o naturales, después de la clase, siempre me preguntan cuáles son mis predicciones para el cambio ambiental. Y siempre explico que los historiadores somos adversos a las profecías, más allá de las similitudes teleológicas entre los relatos que contamos sobre el pasado y las profecías que otros quieren que nosotros hagamos sobre lo que sucederá en el futuro. El poder de nuestra historia deriva del hecho de que, hablando sobre el pasado, podemos simular que conocemos el final del relato. Al hacer esto, nos posibilita crear nuestros argumentos y narrativas hacia el presente y, por lo tanto, parecen capaces de explicarlo aunque sea durante el período corto de tiempo en el que el supuesto “final” sigue vigente. Este sentido del final narrativo nunca es posible para nosotros en el futuro, la misma contingencia que la profecía aspira a contener y resistir. Como los historiadores no pueden ayudar, sino respetar la complejidad extraordinaria, terrorífica del pasado en su causa y efecto, y porque reconocemos los peligros de la teleología aun cuando la tomemos como una consecuencia necesaria de la forma narrativa; la mayoría de nosotros –a diferencia de muchos de nuestros colegas en las ciencias– somos reticentes a predecir el curso futuro de los hechos.

Esto no quiere decir que nos quedemos en silencio sobre el futuro, o que juzguemos nuestras historias como irrelevantes para las preocupaciones del presente. Por el contrario, adoptamos una estrategia retórica más

antigua, aunque menos seductora al científico. En vez de crear *predicciones* sobre lo que sucederá, ofrecemos *parábolas* sobre cómo interpretar lo que *pueda* suceder. Aunque suene extraño, creo que puede ser la contribución más importante que los historiadores del ambiente podemos hacer en un mundo donde el conocimiento del experto ha, en mayor parte, olvidado la forma peculiar de sabiduría que representa la parábola.

Es probable que Santayana estuviera equivocado al implicar que aquellos que estudian el pasado pueden evitar repetirlo, ya que de hecho el pasado nunca se repite (y, sin embargo, siempre se repite) a sí mismo. Por el contrario, cualquier secuencia de hechos pasados puede parecerse a casi cualquier otra secuencia de hechos, pasados o presentes, mientras que al mismo tiempo difieren en maneras que parecen ser no menos importantes. En la lucha por comparar el presente y el pasado con el fin de sacar las lecciones para el futuro, no se puede evitar volver a la analogía como una de nuestras principales herramientas analíticas. Desafortunadamente, a analogía nunca es clara, siempre es objeto de crítica, a menudo puede tener implicaciones diametralmente contradictorias, y es una de las razones por la que los historiadores casi nunca aspiramos a la certidumbre en las semejanzas y diferencias que extraemos entre el pasado y el presente. Sin embargo, estos problemas con el razonamiento analógico son también una de nuestras principales fortalezas: nos recuerdan continuamente que estamos comprometidos con una empresa interpretativa, hermenéutica, no buscamos el conocimiento absoluto, y esas interpretaciones que compiten por el significado del pasado para el presente no son solo posibles sino inevitables. La analogía es la fundación lógica tanto para la metáfora como para la parábola, las tres están cerca del núcleo de nuestra práctica especializada. El trabajo del especialista en historia es el de proveer del terreno contextual más rico posible dentro del cual construir y disciplinar nuestras analogías, no porque esperamos que las percepciones históricas den respuestas

absolutas –no lo van a hacer – sino porque es la mejor fuente que tenemos para *formular las preguntas* que puedan reflejar aquel mundo sutil y complejo que deseamos comprender. Es esta nuestra propia y mejor ruta a la mimesis, autoconocimiento, y –para repetir otra vez esa palabra fuera de moda– sabiduría.

De ahí el afecto que los historiadores sentimos por la parábola: al ver el pasado como una historia que hay que contar más que un problema que hay que resolver, nos abrimos a las analogías, las metáforas, las resonancias y los contextos interpretativos que probablemente estarían oscurecidos por una aproximación analítica más rígida y limitada a las reglas. En su libro *Thinking in Time: The Uses of History for Decision-Makers*, Richard E. Neustadt y Ernest R. May llamaron a esta propuesta “La Regla de Goldberg” y, bastante apropiado, contaron una historia para explicar esa etiqueta. Luego de describir a una clase de ejecutivos corporativos el hábito de los historiadores de explicar los eventos pasados contando historias sobre ellos, uno de sus estudiantes, Avram Goldberg, respondió exclamando, “¡Claro! Cuando un ejecutivo viene a mí, no le pregunto ‘¿Cuál es el problema?’ le digo ‘Cuéntame la historia’. De esa manera, averiguo cuál es *realmente* el problema.”³³ Lo que distingue a los historiadores ambientales de los científicos ambientales y los expertos en leyes es la tendencia a formular nuestro trabajo en torno a una pregunta común: “¿Cuál es la historia?” Además, como la mayoría de los historiadores modernos, tenemos una afición especial por las historias que transmiten un sentido irónico, ya que la ironía es la que mejor expresa nuestro sentido de la complejidad multivalente del mundo. Refleja uno de los entendimientos centrales que nuestro campo explora, entendimiento que consiste en que cuando sea que la gente actúe para cambiar al mundo natural, la historia consiguiente tiene finales

³³ Richard Neustadt y Ernest R. May. *Thinking in Time: the Uses of History for Decision-Makers*; New York, Free Press, 1986, p 106.

inesperados, ya que nuestras acciones siempre parecen tener consecuencias inesperadas. Esto, a su vez, sugiere una moraleja incluso más profunda sobre lo incompleto de nuestro conocimiento sobre el mundo y las suposiciones sin examinar que hemos hecho sobre él.

Para repetirlo: *la historia ambiental es importante tanto por la manera en la que hace preguntas y las responde –a través de la analogía, la metáfora, la parábola y la búsqueda por descubrir sus significados –, como también por cualquier problema específico que pueda resolver en realidad.* Como tal, es un poderoso e indispensable antídoto a las propuestas científicas y analíticas que aspiran a una certeza más grande y unitaria en su búsqueda por el conocimiento.

Razón para la Esperanza

Contar historias sobre la naturaleza y el pasado, ¿es útil? Sí. Y lo creo así en mis huesos, es lo que enseñé a mis estudiantes cuando expresan desesperación sobre las lecciones aparentemente desesperantes que pensaron habían aprendido de nuestro curso de historia ambiental. Permítanme terminar volviendo por un momento a mi púlpito secular para repetir algunos de los principios rectores que compartí con aquellos estudiantes.

Las respuestas que los historiadores ambientales damos a la pregunta “¿Cuál es la historia?” tienen la gran virtud de recordar a la gente el inmenso poder que tiene el humano para cambiar y encontrar significado en el mundo natural –y el poder aún más inmenso de la naturaleza para responder –. Al mismo tiempo, nos recuerdan que lo que sea que hagamos en la naturaleza, nunca podremos saber por adelantado las consecuencias de todas nuestras acciones. Esta necesidad no tiene por qué apuntar hacia la desesperación o el cinismo, sino más bien hacia un respeto saludable por lo complejo e impredecible de la historia, que es similar a lo

complejo e impredecible de la naturaleza misma. La propia lección de tal complejidad, creo que debería enseñarse con humildad. Debería hacernos más críticos de nuestras propias certezas y justicias, y profundizar en nuestro respeto por lo sutil y misterioso de las vidas que llevamos en este planeta, enmarañados como estamos en la base de un tiempo lineal y cíclico, secular y sagrado.

La humildad y la cortesía constante hacia lo que no conocemos me parece fundamental para lo que podríamos llamar honestidad en nuestras relaciones con otras personas y con el mundo que nos rodea. No podemos no actuar si queremos permanecer con vida –debemos utilizar a la naturaleza, debemos participar en las redes terrenales de matanza y consumo que sustentan cada criatura en este planeta – pero, además, tenemos que actuar con cuidado –*actuar y cuidar* y ser tan atentos como podamos hacia las consecuencias de lo que hagamos. La principal moraleja de mi propia versión de la historia ambiental es aquella que traté de anclar en el título de mi libro *Changes in the Land*. Vivir como seres humanos en este planeta es cambiar el mundo a nuestro alrededor. Eso no se puede evitar. La historia ambiental trata de reconstruir las capas infinitas del cambio que nosotros y la tierra hemos trazado. Es la historia registrada en los anillos del árbol de Aldo Leopold, la historia registrada por las marcas de su hacha en el buen roble mientras lo derribaba, la historia registrada por los recuerdos del sombrero y su sombra sobre el tocón: todas ellas unidas, intrincadas.³⁴ No puede haber gente afuera de la naturaleza, solo hay personas que *piensan* que viven fuera de la naturaleza. Del mismo modo, en el mundo en el que hoy vivimos, no puede haber una naturaleza separada de la humanidad. Estamos juntos: como el *Whole Earth Catalog* declaró una vez, “somos como Dioses, y podríamos ser buenos en esto también”.³⁵

³⁴ Proviene de Aldo Leopold. *Sand County...* op cit.

³⁵ *Whole Earth Catalog: Access to Tools*; Menlo Park, Portola Institute, Spring 1969.

Trazar patrones sobre el paisaje es algo que toda criatura viviente hace, y la gente no está ni cerca de ser una excepción a esta regla. Las líneas y formas que dibujamos sobre la tierra reflejan las líneas y formas que llevamos dentro en nuestras cabezas, y no podemos entender ninguna sin comprender ambas al mismo tiempo. Esto significa que la historia material del cambio ambiental es simultáneamente una historia espiritual de la conciencia humana y una historia de la política económica de la sociedad humana. Nunca van a poder separarse, y sería ridículo tratar de hacerlo. En eso encuentro una manera misteriosa de reflexión y belleza. Incluso las formas más abstractas y enredadas que dejamos sobre la tierra son expresiones sobre nuestras visiones diferentes de la comunidad: entre nosotros y otras personas, entre nosotros y otros seres vivos, entre nosotros y la tierra. La lucha por vivir correctamente en relación con la tierra y sus criaturas no termina, y los problemas que impone nunca se resuelven. Al intentar domesticar la tierra, hemos puesto sobre nosotros el peso de atender y cuidar del jardín que hemos buscado crear. Nos hemos convertido en responsables de la tierra, y ahora tenemos que aceptar las consecuencias morales de eso. Al proteger a la tierra y sus criaturas debemos también aprender a protegernos a nosotros mismos, porque el domar a la naturaleza con respeto y amor significa domesticarnos a nosotros mismos también.

Hay dilemas morales que las parábolas de la historia ambiental siempre tienen que retornar. En el particularismo de su relato –su enfoque sobre grupos particulares en tiempos y paisajes particulares – la historia ambiental nos recuerda de las maneras diversas e interminables que tiene el humano de usar la naturaleza y vivir en ella. Personalmente encuentro un consuelo considerable en esta diversidad y particularismo, porque nos recuerda que –aunque parezca lo contrario, aun en la era del “Cambio Global” –no hay Un Gran Problema llamado “El Ambiente”. En vez de eso, hay casi una infinitud de pequeños problemas, cada uno de los cuales expresa

relaciones diferentes sobre uso y significado entre la gente y el mundo a su alrededor. Aunque nunca resolveremos el Gran Problema que en realidad no existe, no podemos dejar de resolver esos pequeños problemas ambientales menores que vienen junto con la definición de lo que significa estar vivo. Todos nosotros cambiamos el mundo a nuestro alrededor, y sin embargo, diferentes personas eligen enfrentar sus problemas y hacer sus cambios de maneras notoriamente diferentes. La diversidad de sus experiencias, pasadas y presentes, pueden servir casi como un laboratorio para la exploración de la multitud de elecciones que enfrentamos. Los relatos sobre las vidas pasadas de tales personas nos enseñan lo difícil que es actuar de maneras que beneficien tanto a la humanidad como a la naturaleza –y, sin embargo, que importante es intentar –. A través de las parábolas que trazan las conexiones, que suelen ser oscuras, entre la historia humana y el cambio ecológico, la historia ambiental sugiere dónde tenemos que ir a buscar si deseamos reflexionar sobre las implicancias éticas de nuestras propias vidas.

Y esto, si reflexionamos, parece bastante útil.